

FRANCISCO JAVIER MUÑIZ
EN EL PENSAMIENTO SARMIENTINO

Dr. Eduardo M. Vadell

FRANCISCO JAVIER MUÑIZ EN EL PENSAMIENTO SARMIENTINO

Por el Dr. Eduardo M. Vadell

EL CIENTÍFICO, EL MÉDICO, EL ESCRITOR Y EL PATRIOTA

Muchos argentinos relacionan a Francisco Javier Muñiz con la paleontología de la cuenca del Río Luján y otros ríos. Pocos conocen la enorme labor desarrollada por este sabio en otros ámbitos del saber y su contribución al bienestar de su tiempo que Domingo Faustino Sarmiento se apresuró a recoger, antes que los vientos del olvido hicieran de su nombre, nada. Es objeto de este breve ensayo hacer un bosquejo sobre su vida y obra, para retransmitir, una vez más, al futuro la personalidad y la imagen del médico y naturalista más que sobresaliente, genial, si pudiera yo medir el “genio”. Por esto es que no me he extendido en una recopilación bibliográfica ni cercana a lo exhaustivo, sino en lo fiel y básico.

Existen en la Argentina pocos hitos, monumentos o instituciones que honren al Doctor Muñiz. El Hospital homónimo le hace justicia desde temprano en el siglo XX. Recién hacia finales del mismo, se ha fundado un Parque Ecológico y un Museo con su nombre en el Partido de Moreno en la Provincia de Buenos Aires. Luján y Buenos Aires, nunca lo olvidarían. Siguen expuestos en el Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia” de Buenos Aires algunos de los hallazgos paleontológicos de Muñiz que rivalizan con las mejores colecciones del mundo por su importancia e historia. No obstante, su personalidad sigue escondida (como la de otros argentinos modelos, con sus luces y sombras hoy más que nunca necesitados como modelo de constructores) al común de la gente.

Domingo Faustino Sarmiento volcó en “*Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñiz*” una existencia sin par, principiando los estudios de este gran argentino, obra publicada en Buenos Aires en 1885. Con claridad meridiana, dice Bartolomé Mitre sobre el trabajo que ha escrito Sarmiento: “Es una biografía y una monografía científico-literaria, a la vez que un libro escrito y pensado sobre documentos inéditos (...) una obra

simultáneamente individual y colectiva, refundiendo estos dos elementos componentes en una idea sintética que le da su unidad y le imprime el sello de su doble originalidad” y agrega luego “La vida del Dr. Muñiz, consagrada al servicio público, al alivio de la humanidad y al adelanto de la ciencia en los dominios de lo ignoto, ha trazado un surco imborrable en el campo de la labor común del pueblo argentino, y a este título merece ser recordada y perpetuada como ejemplo, como lección y como caudal utilizable”. Palabras éstas que vuelven hoy, después del centenario del fallecimiento del General Mitre, luego del bicentenario de la primera intervención heroica de Muñiz durante la Defensa de Buenos Aires contra los ingleses invasores de Buenos Aires en 1806; a 123 años de la primera edición de “Vida...” y cercanos a celebrar el bicentenario de la Revolución de Mayo en los países del Río de la Plata en 1810.

* * *

Don Domingo Faustino Sarmiento, con su experiencia de educador, militar, embajador, periodista, escritor, estadista, se da perfecta cuenta de los valores cívicos de Francisco J. Muñiz. Poco más puede ameritarse a Don Domingo, infatigable patriota americano que además de “hacer América” se dedica a impedir que el tiempo se devore a los héroes, sabios y hombres preclaros que él conoció o que no alcanzó a conocer, pese a ser un coetáneo. Sobre Muñiz, él relee, pregunta, entrevista, indaga en los antiguos papeles familiares y en lo publicado en la *Gaceta*, en todas partes, en cuanto puede. Admira al sabio y feliz galeno. Sabe que la figura de Muñiz es un ejemplo que hay que hacer perdurar. Se apura en investigarlo más, en escribir su biografía e incorporar casi todos sus escritos. Usa tanto su memoria como lo que se dice, conjuntamente con lo que tiene a mano. Está corto de energías. Sarmiento, polifacético y en mil obligaciones, pierde a veces el orden de las cosas y en su casi veneración, agrega y quita, sin atenerse a lo estricto. No resta esto nada de mérito al gran estadista, al contrario. Su afán es ganarle al tiempo y al olvido... y lo logra *imprimiendo* a Muñiz sobre el papel. Si la biografía de Sarmiento no es perfecta, si contiene errores o confusiones, aún así merece ser tomada muy en cuenta porque recoge un sentir casi contemporáneo sobre una personalidad única. Es el primer documento sobre los manuscritos y publicaciones que quizás se hubieran perdido de no haberse compilado

temprano. Es la memoria ensalzada con la pasión humana, no sólo una delicada disección de la historia. Las depuraciones históricas llegarían más tarde.

Cuánto habrá de Francisco Javier que nunca sabremos. Muchos documentos quedan ocultos, perdidos, destruidos, silenciados. Las fuentes manuscritas están agotadas, o casi. Intenté munirme de alguna pequeña *comunicación personal* de un preclaro descendiente del gran Muñiz con estas palabras, en una carta enviada el 5 de julio de 2007 (y quizá nunca recibida): decía entre otras que “(...) Estimaría como una gran honra poder entrar en contacto con Ud., como directo transmisor de los valores del sabio Muñiz, ya que uno de mis más caros anhelos es el de transmitir no sólo su obra, sino extenderme algo más en la consideración de su personalidad, sus alturas morales, sus virtudes cívicas...las que quedaron de manifiesto en su acción, como está documentado.” No recibí respuesta. Un manuscrito más o menos no le quitará o aumentará demasiado a la historia. Que un hombre tenga defectos, imperfecciones, falencias, no es novedad: *errare humanum est*. De muchos hombres grandes se atestiguan innumerables “detritos del mal”, nadie vivo o muerto, está exento, salvo los casos excepcionales en la historia de la humanidad.. De la lectura de sus obras, de la de Sarmiento y de otros estudiosos se desprende: un hombre afable, que está presto a ayudar, a crecer, a curar en todo tiempo, a ofrecerse. Es también el científico objetivo y práctico, que le gusta intervenir. Sus descubrimientos científicos tienen doble valor, cuando se consideran la precariedad de las herramientas y el escaso tiempo disponible con que contó durante su vida activa. Como médico militar, obediente, corriendo los más graves riesgos, auxiliando a los de un lado y a los del bando contrario. Respetado por todos, arrojado como pocos al valor, casi desde la niñez. Es él, Muñiz, el fruto no sólo de sus cualidades innatas, sino la de su formación dentro de una familia llena de respeto y amor, que daba lugar a la libertad y al conocimiento. Es el resultado de una educación privilegiada y moral, durante su adolescencia. Luego en la juventud; entregado al estudio arduo.

En los primeros años de la patria hubo extraordinarios ejemplos de bondad y patriotismo. Aunque es grave error comparar a las personas, puede decirse que como en el caso de Manuel Belgrano, Muñiz, en su juventud, era de salud delicada y no obstante, de

una autoexigencia impresionante. El primero pudo completar su misión en vida como cónsul, embajador, militar, educador, civilizador, libertador, y murió joven, a los 50 años, sin ver mucho resultado. El segundo lo fue en lo que compete a las ciencias médicas y naturales, la educación, la urbanidad, según sus posibilidades, y llegó a una longevidad no esperada para su naturaleza. ¿Que hay en común entre estos dos hombres? un amor a sus semejantes y a los ideales que se manifestó en los hechos. Agreguemos que ambos fueron fieles seguidores y cultores de las ciencias naturales, aunque Belgrano apenas pudo ocuparse debido a su labor libertadora, aunque esbozó políticas hoy consideradas ambientalistas y agroproductivas, escribió y plantó árboles con sus propias manos y defendió especies animales prefigurando su extinción. Son personalidades con el espíritu de Mayo y pueden sumarse, quizá, cien nombres más de hombres y mujeres preclaros de los primeros años de la Argentina independiente. Al igual que Belgrano, y una mayoría, no hay dudas sobre la formación cristiana de Muñiz. Cuando acercamos la lupa a sus vidas y hechos, ambos tienen trascendencia internacional y no son valorados en su justa medida ni en sus tiempo ni hoy, no obstante la larga literatura histórica existente. Repasemos algunos pocos aspectos y hechos de la existencia del segundo y de la cual se han ocupado en profundidad, Sarmiento en 1885 y los clásicos del tema Alberto Palcos en 1943, quien mayor número de trabajos acredita, José Babini en 1954 y Diego Abad de Santillán en 1959 y en 1965, entre otros, como referentes de base, aunque existe buena cantidad de ensayos y artículos escritos por excelentes historiadores, dispersos en muchas publicaciones periódicas y aún recientes biografías.

* * *

Francisco Xavier Thomas de la Concepción Muñiz y Frutos nació en Monte Grande el 21 de diciembre de 1795. Dice Sarmiento, que tuvo a la vista los documentos originales, que la elección bautismal de su nombre debe haber tenido causa en una devoción especial de la familia a San Francisco Javier y a guisa de protesta por la expulsión de la Compañía de Jesús, casi treinta años antes. El tercer nombre confirmaría este supuesto debido a que los jesuitas eran muy devotos del entonces futuro dogma de la Inmaculada Concepción de María. De la niñez de Francisco Javier se sabe poco o nada. Sarmiento cita una carta del

General Britos del Pino escrito en Montevideo en 1865: "...Muñiz era Cadete del Regimiento de Andaluces en Buenos Aires, del cual era Jefe el Coronel don José Merlo,(el joven Francisco Javier) animado del patriotismo que ya le distinguía, acompañó a su Cuerpo, que unido al resto del Ejército, marchó en la tarde del 1 de Julio de 1807 al puente de Barracas, con el intento de buscar y batir al enemigo que había desembarcado días antes en la ensenada de Barragán" El 5 de julio, saliendo a defender a plena calle en las cercanías de la Iglesia de San Miguel, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, es herido y al día siguiente llevado a un claustro de San Francisco junto a muchos otros heridos. Apenas tenía 11 años.

Según parece, recibió el futuro sabio instrucción sobre las ciencias físicas y naturales de parte del Canónigo Dr. José León Banegas, Catedrático del Colegio de San Carlos, del que Muñiz fue "*discípulo y amigo suyo*" de acuerdo a lo que dice Francisco Javier. Sarmiento transcribe todo el texto de lo que aquí se resume. En 1812 es Banegas uno de los integrantes de la Sociedad Patriótica Literaria. Continúa Muñiz sobre la redacción del, "*célebre manifiesto en que se invitaba a las Provincias que componían entonces el Virreinato, a declararse independientes del Gobierno Metropolitano, como se verificó cuatro años después. Las ideas que suministró el Dr. Banegas para aquel importantísimo y memorable documento fueron escritas por el que traza estos renglones*" Francisco Javier elogia a Banegas, está orgulloso de su participación en este acontecimiento relevante.

* * *

Se sabe que Muñiz era ya médico cirujano en 1821. Babini menciona que su *Noticia sobre las islas del Paraná* se debe al reconocimiento que el sabio realizó en 1822, en el que da cuenta de un bosque de Yerba Mate, de animales salvajes y restos arqueológicos, primeros registros para la región; recién publicado en 1925 por Milcíades Vignati. Muñiz recomienda para el área la implantación de durazneros, entre otros frutales, el cultivo de papas y del algodón. No muchos años después será el mismo Sarmiento en 1855, como paisajista que se deleita en describir las distintas fisonomías de ese Delta y será asimismo

Marcos Sastre el gran impulsor de la vida natural de esas islas, con la publicación final de “Impresiones y Cuadros del Delta del Paraná” en 1858, en el Tomo V de la “Biblioteca Americana”. Así, a partir de 1838 aparecen publicados por este último autor artículos sobre estos temas naturales en distintos periódicos de la época, lo que luego se conocerían como las “Impresiones...” o después, más completo, “El Tempe Argentino”. Este fue el libro de lecturas de muchas generaciones durante y después de la presidencia de Sarmiento. No es fortuita ni estéril la fisión que sufrió el Salón Literario, formado por Marcos Sastre en 1837, resultando así en la Asociación de Mayo a partir de ese año, con Esteban Echeverría presidiendo a los demás “proscriptos” intelectuales (entre ellos Sarmiento, Mitre, Alberdi, Cané, Gutiérrez, entre otros muchos); y el exilio de Sastre a San Fernando, donde comienza a dar cuerpo a su obra apolítica sobre el Delta, en 1838. La clausura del Salón Literario, sitio de reunión de los jóvenes intelectuales, salón que el régimen rosista creyó amenaza, tuvo entonces hartos frutos porque de su escisión y eliminación surgieron varias corrientes del pensamiento libre: todos los proscriptos fueron las mentes más lúcidas y productivas de finales del siglo XIX y principios del XX en la República Argentina.

Pero Francisco Javier también publica artículos en periódicos de su tiempo. En una carta del 20 de julio de 1822 el Dr. Muñiz se dirige a los editores de “Ambigú de Buenos Aires”, sin darse a conocer. Sobre la medicina, entre otros puntos señala “ *El médico que entra en una casa y dirige a un enfermo, se constituye depositario, y podría decirse, árbitro de su salud, de su vida, y a veces también de la fortuna, crédito y fama de toda la familia. ¡que encargo tan sagrado! ¡que responsabilidad!*” y sigue: “*Ciencia y virtudes, muy particularmente la buena fe son necesarias para la ejecución de la medicina (...) Un médico de estas virtudes es un don precioso con que favorecer (a) la especie humana (...)*, firma “*Un filántropo*”.

En 1825 el General Miguel Soler le instruye para ejercer como cirujano en Chascomús. Es este año en que vemos nuevamente sus dotes de científico y observador, hace conocer su *Dasypus giganteus* entre otros restos fósiles hallados en las cercanías de la gran laguna. El Presidente Rivadavia lo nombra Médico y Cirujano principal en 1826.

En septiembre de 1828 el Provisor del Obispado, su antiguo maestro, el doctor José León Banegas une en matrimonio a Ramona Bastarte y Poce de 19 años con Francisco Javier, de 29. Dice su biógrafo Palcos “dignísima compañera, bondadosa y caritativa, y le dará numerosa prole. Ella y los hijos formarán a su alrededor esa sociedad íntima de la cual extraerá el coraje y la fuerza para persistir en sus empresas (...)”. Se instala en la Villa de Luján donde atiende a sus enfermos y viaja a puntos lejanos de su casa como Médico de Policía nombrado por Dorrego. Un caso merece mucho destacarse: el de un niño que pierde el húmero por una enfermedad progresiva. Muñiz le extrae las partes de hueso carcomido. Lo entablilla y sigue por un tiempo la evolución del paciente. El joven enfermito regenera el hueso desde el periostio remanente, casi por completo y ya de adulto, da fe que ese brazo, antes afectado, tenía más fuerza que el otro. Este es posible que sea el primer caso clínico documentado de esta facultad de reconstitución ósea que se observa en las falanges de los niños. Muñiz hace una detallada síntesis de este caso sobresaliente. Es hacia el final de su estancia en Luján, en 1847 que termina sus *Apuntes topográficos del territorio y adyacencias del Departamento del Centro de la Provincia de Buenos Aires, con algunas referencias a los demás de su campaña*, trabajo que apunta cuestiones geográficas, etnográficas, geológicas y médicas.

Se ocupa en el parte científico de sus tratamientos: la tiña, la vacuna, la medicina legal, los partos, el éter y el cloroformo; sobre la *Ñata Owen* para informar a Darwin, la topografía y el clima entre otras investigaciones. Demuestra ser un médico de avanzada para su tiempo. Comenta Palcos, refiriéndose a su “*Descripción y curación de la fiebre escarlatina*”, que Muñiz “anota agudamente cómo el temperamento, los estados anímicos y las pasiones de los enfermos influyen sobre la fisonomía de sus males” y agrega “ el médico es del todo médico sólo si al mismo tiempo es también psicólogo. Analiza la enfermedad en relación a nuestra topografía, vientos y clima”. Sus casos, las patologías que trata, los que han llegado a nosotros, son descriptos por el sabio con disciplina y esmero. Son diversos, los estudia a todos con la máxima profundidad de sus conocimientos. Es de lamentar que sus estudios sobre la fiebre amarilla, entre otros escritos, se hayan perdido.

Francisco Javier reside veinte años en Luján. Es el único que se toma el trabajo de marcar, sobre el muro de su propia casa, el nivel de las periódicas inundaciones, una es record en lo que va de su siglo. A él acuden en los casos extraños y policiales que nadie puede explicar. En una ocasión, siguiendo las pistas, descubre que una muerte era en realidad asesinato. De una relación sobre un ruido sísmico ocurrido en la dirección del Río Salado, él esgrime una hipótesis bastante valiente en su época, aunque de verosimilitud dudable. Este escrito de Muñiz fue omitido en la primera edición de Sarmiento y luego del fallecimiento del sanjuanino, incorporado. Es el único caso publicado de Muñiz en que el lenguaje se hace árduo y en el que existen contradicciones, las que pueden deberse a un problema editorial. Sin embargo, el suceso puede perfectamente investigarse, ya que existen pautas modernas que pueden darle la razón probatoria al Dr. Muñiz respecto al fenómeno.

La historia de la viruela, a la que Muñiz está vinculado, es muy extensa y apasionante. El mal ya era conocido desde la antigüedad y valga un *ex cursus* sobre la derrota de esta peste. El virus *variola* debió su nombre a Mario, Obispo de Avenches en 510 DC. En el siglo de las luces y por separado los médicos griegos Emmanuel Tymoni y Jacobo Pilarini habían realizado *variolizaciones* exitosas entre 1707 o 1708 y 1714, pero era necesario llegar al convencimiento de la nobleza y del pueblo sobre un método antivariólico. Se debe a una mujer, llena de empuje y coraje, Lady Mary Wortley Montagu, la divulgación de las primeras variolizaciones en Europa, practicadas desde tiempo inmemorial en el oriente. No obstante, esta primitiva prevención arrojaba un éxito relativo, por lo que, por ejemplo en España, se las prohibió durante muchos años. Fue Eduardo Jenner, que tuvo sus casi olvidados precursores, quien inoculó viruela de vaca, forma benigna para el hombre que produce pústulas en las manos y que impide el ataque de la variola. Jenner tomó fluído de las pústulas de una mujer, Sarah Nelmes, y las inoculó en un niño, a quien semanas después inyectó pus de una pústula de viruela humana. Se probó que el niño no enfermó de la temida peste. La obtención y técnica la describió en su famoso *An inquiry into the causes and effects of the Variolae Vaccinae* (“variola de vaca”) (...) de 1798, que dio la vuelta al mundo en pocos años. El término *vacuna* fue adoptado luego por Pasteur (al fin vinculado a la Argentina por el Dr. Davel a partir de 1886), descubridor de la

misma contra el ántrax y contra la rabia. La antivariólica de Jenner llegó a América Hispánica con la partida de una expedición en 1801-02 desde España. Se inmunizó en México, Caracas y Perú, entre otros puntos. Alejandro de Humboldt dice que se vacunaba en la Nueva España con vacuna traída de Norteamérica en 1804 y da noticia de las primeras hechas en Lima, con cepa europea, en 1802, pero observa que ya los incas posthispanos conocían por experiencia que quien ordeñaba una vaca con pústulas no contraía viruela. Véase este dato interesante de Humboldt que testifica que los aborígenes de los andes conocían vacas con viruela y como inmunizarse aún antes de la observación de Jenner. En 1805 Tadeo Haenke escribe las “*Observaciones y consejos en las vacunaciones de indios llevada a cabo entre los días 7 y 13 de marzo*” y al año siguiente otra relación sobre el seguimiento de niños vacunados (manuscritos en el Real Jardín Botánico de Madrid). Hacia 1806 los fluidos y lancetas fueron remitidos a Haenke por el Intendente de Puno, por lo que se presume estas aplicaciones se hicieron con la cepa de origen europeo. Ibáñez dice que Haenke para el tiempo de la primera Invasión Inglesa a Buenos Aires (1806) enviaba pólvora para esta ciudad y fabricaba vacuna en el Hospital de Mojos. Su posición política fue americanista y tuvo conocimiento de la formación de la Sociedad Literaria de Buenos Aires, de la que Muñiz y Benegas formaban parte.

En el Río de la Plata la vacuna llegó mediante un barco negrero en 1805 en forma de “linfa en vidrio”. Se aplicó por primera vez en Montevideo, con mucho reparo, y luego en Buenos Aires. En 1811 se produjo una nueva epidemia y recién en 1813 el Dr. Saturnino Segurola fue designado Director de la Vacuna. Las prevenciones se hicieron obligatorias. Belgrano insistía sobre el envío urgente de vacuna para sus hombres en campañas. A partir de 1821 y en años subsiguientes los Dres. Segurola y Madera realizaron miles de vacunaciones. Muñiz hizo una contribución no poco importante para el control de la enfermedad. Él halló que las vacas pampeanas que contraían viruela bovina o *cow-pox* no se contagiaban por el ordeño que hacía la gente que previamente había estado en contacto con caballos enfermos, enfrentándose a la creencia de Jenner. En Gloucester, Inglaterra, los hombres que ordeñaban habían tocado antes caballos enfermos de *horse pow*, patología recién reconocida como tal en 1863. Muñiz se dió cuenta que en el campo criollo eran sólo las mujeres las que ordeñaban y que nunca estaban en contacto con equinos. Tampoco los

caballos estaban enfermos. Las erupciones pustulosas en las ubres útiles para la inoculación, para Jenner, se daba sólo en Glowcester debido a lo húmedo de las tierras. Muñiz, aunque no fue el primero en reconocer la viruela en los bóvidos americanos, aisló, con no poco trabajo, las “vejiguillas” o costras de las vacas enfermas e inoculó primero a su hija de meses, luego a varios otros niños. Su procedimiento tuvo un éxito total de modo que no había necesidad de importar más vacuna. Era la primera vez que la prevención se hacía sistemática con una vacuna indígena en América del Sur. Pero esto no le resta valor a los méritos precedentes de los estudios y aplicaciones del Dr. Madera, fallecido prematuramente.

Debe reconocerse que el alguna vez, Brigadier General Juan Manuel de Rosas, no obstante la tiranía, había persuadido, mediante el trueque y la astucia, a algunos jefes aborígenes de vacunarse, mostrando él mismo la huella de la inoculación, de vacuna inglesa, por lo que la Real Sociedad Jenneriana de Londres lo nombró miembro honorario de la misma, lo que fue publicado en “El Lucero” de Buenos aires el 4 de enero de 1832. Luego vinieron tiempos más difíciles y Rosas descuidó este importante aspecto preventivo por economía, según algunas opiniones autorizadas. En 1844 no había vacuna en Buenos Aires, pero Muñiz ya había informado a la Real Sociedad Jenneriana de Londres sobre sus inoculaciones antivariolosas en 1842. Explicó a Epps, Director de la Real Sociedad, todos los pormenores, incluida, al detalle, la sintomatología bovina observada desde 1831, y aún desde mucho antes. El sabio inmunizó a miles de niños salvándoles la vida. También obtuvo de la Sociedad Jenneriana el ser uno de sus miembros, pero no por la viruela, sino por sus vacunaciones con que trataba enfermedades cutáneas con la mayor eficiencia, como en el caso del niño santiagueño Juan Pedro Toledo.

El procedimiento “antivariólico” de Muñiz fue sistemático y metódico en todos los órdenes, a fin de validar el descubrimiento de la *variola bovina* en América del Sur y de aplicarlo lo antes posible. En septiembre de 1841 redescubrió en una vaca la viruela en la estancia de Juan G. Muñoz, limítrofe entre Luján y Exaltación de la Cruz. Hizo labrar un acta firmada por el Juez de paz Francisco Aparicio y cinco vecinos, testigos de la extracción de las costras de las ubres. Luego envolvió seis muestras en láminas de plomo

selladas, entregando el sello al Sr. Muñoz. Algunos días después convocó en Luján al vicario, al juez de paz, al comandante militar, al alcalde y a varios vecinos. Ante ellos inoculó con las costras, que estaban bajo sello, a varios niños. Era el primer paso de la prueba oficial y final, de modo que no quedaran dudas sobre la autenticidad de las pruebas experimentales, el origen del inóculo, la descripción sintomatológica correspondiente y los resultados finales de las vacunaciones.

Sin embargo, años antes, en 1829, el Dr. Juan de Dios Madera y Terán (1782-1829) había descubierto el *cow-pox nativo*, pero su inesperada muerte la noche del 12 al 13 de marzo de ese año, en su domicilio donde también funcionaba la Administración de la Vacuna, interrumpió la redacción de sus resultados experimentales. El Dr Madera era Administrador de la Vacuna, nombrado por Rivadavia. Había sido también médico en batalla, y en especial durante el primer triunfo de Suipacha en el Alto Perú. Como Muñoz, fue herido durante la invasión inglesa y actuó como médico en el Hospital de Sangre en 1806. El presidente del Tribunal de Medicina y, luego de la muerte de Madera, Administrador General de la Vacuna, Licenciado Juan García Valdez dió forma final a los datos de Juan Madera e informó a la Sociedad Jenneriana de Londres sobre aquel hallazgo, por lo que Valdez obtuvo ser nombrado miembro de la Sociedad. Un mes después del inesperado fallecimiento de Madera a la edad de 47 años, su viuda y sus 5 hijos, en la pobreza, también recibían el Diploma de Miembro Honorario de la Sociedad Real Jenneriana. Efectivamente Madera había trabajado con ardor desde 1821 desde esa Administración y consta en el Argos y en la Gaceta Mercantil que fue él el primer médico en el Río de la Plata en reconocer a la viruela nativa en un bóvido de Julián Panelo, quien le informó de los síntomas. La documentación existente indica que fue una mujer que ordeñaba la vaca enferma, en un terreno pantanoso de Barracas, la que primero prestó atención a las pústulas de la ubre. Ella se lo dijo a Panelo y éste a Madera.

Es interesante observar la presencia de la mujer tanto en la historia de la prevención contra la viruela, europea o americana, en los formadores de la Argentina como nación y también en ambas vidas, la de Muñoz y su primer biógrafo, Sarmiento. La mujer es la figura que parece cambiar la historia con intervenciones justas. Ya hemos mencionado a algunas

mujeres cuyos nombres quedan ligados para siempre en la derrota de la viruela. La niña de Muñiz, su hijita fallecida tiempo después, es su prueba más preciada. Es su esposa la figura que está detrás, casi anónima, sosteniendo el espíritu familiar. Es de la observación sobre la actividad doméstica de la mujer criolla por donde Muñiz logra entender más sobre el temible *small-pox* y rebatir algunas observaciones del gran Jenner.

La educación y la salud de las mujeres y los niños son una preocupación constante para hombres como Belgrano, Rivadavia, Muñiz, Sastre, Estrada y Sarmiento. Ellos expresan tácita o directamente que el futuro de la patria depende, como hoy (y más que nunca), de estos dos aspectos: la educación y la salud de la mujer y del niño. El país necesitaba (y necesita) habitantes sanos y hábiles: la clave era (y es) la mujer y el niño. Rivadavia había creado el curso de partos en 1822 para la Escuela de Medicina, pero la ignorancia de las parteras que actuaban de oficio y sus asistencias irregulares, más lo exiguo del erario, posponen la práctica obstétrica como disciplina continuada. El Dr. Pedro Rojas parece perder la paciencia en una carta de Octubre 27 de 1824, explicando la situación al Superior Gobierno. Se producían en aquellos tiempos escasos nacimientos por año. Recordemos que fue la francesa Verónica Pascal la primera partera titulada en Buenos Aires en 1827. Su examen de admisión fue brillante y se debe a Rivadavia su llegada al país. La historia fina ve muchos avatares, finalmente Rivadavia firma durante el último día de su gobierno (6 de Julio de 1827) la designación de Muñiz como catedrático de partos, enfermedades de mujeres, niños y medicina legal, que el sabio había solicitado tiempo antes, ante la negativa o renuncia de varios predecesores. No logrará, pese a su vehemencia, dictar una sola de las clases. Razones políticas se lo impiden. Recién dictará la primera clase en 1850, y en apariencia es el discurso sobre las diferencias entre el hombre y la mujer, que transcribe Sarmiento.

La mujer, para el “maestro de América” ocupa un lugar preferencial: sus apasionamientos, su conocida admiración por Doña Mariquita Sánchez de Thompsom...su madre doña Juana Albarracín, sus maestras importadas de Ohio, tantas otras relevantes menciones y funciones que da y hace él a algunas mujeres especiales y sobre esta preocupación nacional. Todo esto, como asimismo en Belgrano, San Martín y Rivadavia

entre otros, habla de seres adelantados a su tiempo. Sarmiento no omite en la biografía del médico este aspecto. Dice así Sarmiento sobre el discurso de Muñiz al entrar en funciones en su Cátedra: “ (...) está consagrado al estudio de las nobles funciones de la mujer en la conservación de la sociedad. Con palpitaciones del corazón debieron escuchar al simpático Catedrático, hacer el cuadro comparativo que traza con mano maestra las cualidades físicas y morales que distinguen los sexos (...)”. Pasa luego a transcribir el discurso, le dedica comparativamente mucho al tema. La descripción de Muñiz es bella, adecuada a su tiempo, concede muchas más palabras a la mujer que al hombre. Sólo capturo dos frases de Muñiz: *“La mujer es más húmeda que el hombre; tiene más líquidos que sólidos, lo que conviene para aumentar y nutrir la prole, sea en el útero (...), sea con los pechos por la leche (...) La naturaleza le ha dado la necesidad de la maternidad, más poderosa que la vida. Ella se arrojará por su hijo lo mismo a las ondas (del mar), que a las llamas; desafiará por él todos los infortunios (...)”*. Vale aquí recordar lo que mucho repetía el recordado Jesuita Marcos Pizzariello, fallecido hace algunos años atrás “el futuro de los hombres son sus madres”, frase grabada a cuchillo en un telar de una cárcel, que fuera anecdotario didáctico de otro sacerdote mencionado por Pizzariello cuyo nombre se me escapa.

Muñiz aún practicaba con la concepción del flogisto y no obstante con seguridad muchos médicos han tratado de escudriñar más en la vida y sus habilidades galénicas. Está documentado que, no obstante el aislamiento intelectual que sufrió durante su máxima actividad, él se mantenía relativamente al día en la práctica médica. Esto se sabe por la casi contemporaneidad de las aplicaciones del éter y del cloroformo. No obstante, pese a los pocos datos existentes, cualquier médico de nuestros días puede sorprenderse de algunas de sus curaciones. Podría hasta decirse que Muñiz tenía una pasión por curar. Alguno lo acusará de creer en brujas y de convicciones espiritualistas más cercanas a las “mesas parlantes”(espiritismo de la época) que a creencias formadas en una conciencia confiada en Dios, sin esperar en hechos sobrenaturales inducidos.

Como médico militar fue admirable, atendió a los de su ejército y a los contrarios. El mismo General Mitre lo señala en un parte de 1860, después de la batalla de Cepeda, donde fue herido. Había realizado las curaciones a Lavalle días después de éste haber sido

herido en una pierna durante el combate de Yermal el 24 de Mayo de 1827: así fue, lo llamaron a Muñiz, que tardó, en peligros de muerte, por la distancia y por un tiempo inclemente que lo obligaron a demorarse. Lavalle se alegró al instante de recibirlo en su tienda, eran amigos desde los tiempos de Chascomús y mantendrían la amistad y los mismos ideales. Practicó también durante la batalla de Ituzaingó, meses antes en el 27, secundando activamente al Dr. Francisco de Paula Rivero, Jefe del cuerpo médico, como cirujano principal, como refiere Enrique Udaondo en 1927, y en los campos de Paraguay. Cuando Muñiz fue Cirujano Mayor escribió al Ministro de Guerra sugiriendo una mejora en la higiene, una alimentación de la soldadesca a base de legumbres y frutas secas, papas (...) *“y vino carlón, que mezclado con agua es un sano y poderoso desalterante que restaura las fuerzas”* y sigue *“ Pabellones de hospitales portátiles de madera, de regular magnitud rendirían importantes servicios a los heridos y enfermos”*: Lo decía con conocimiento de la experiencia Norteamericana, según Sarmiento, y porque ve a los soldados infectados, objetos de enfermedades tropicales que diezmaban más que las balas, a pobres jóvenes poco nutridos ni preparados.

De cada punto donde el ejercito pasaba, donde ocurría algún evento memorable, Muñiz recogía una piedra envolviéndola en la hoja de la breve relación sobre el suceso. Las piedras ya habían desaparecido cuando Sarmiento leyó aquellos documentos, algunos publicados antes y al menos uno de ellos fue motivo de un duro epistolario entre el General Iriarte y Muñiz. El Dr. Muñiz tenía sus detractores o al menos, personalidades que lo concebían ambiguo. Iriarte señaló a Muñiz como a un taumaturgo practicante del espiritismo en términos fuertes, Francisco Javier no contestó. Era común la práctica del espiritismo desde mediados del siglo XIX, y aún antes, entre muchos intelectuales de América. No era Muñiz una excepción pero lo separaba de la ortodoxia católica de donde provenía, y de los que se mantenían en ella tanto intelectuales, médicos, militares o simples ciudadanos. El General José María Paz quedó preso primero en Santa Fe y Luego en Luján, desde 1831 hasta 1839. Relata en sus Memorias mil incidentes y tormentos y nunca se declaró formalmente ni unitario ni federal, sino que seguía los ideales belgranianos. No escribe sobre Muñiz una opinión que lo favorezca. Por el contrario, parece que hubieran

tenido un diálogo parco y corto, con motivo del nacimiento de su primogénito. Le habló pero no dice que Muñiz contestara. Dice Paz en las “Memorias”⁴⁴ “Cuatro meses seguí (preso en el Cabildo) en Luján, arrastrando una penosa existencia, en la soledad más completa y en la incertidumbre más molesta. La tardanza de mi familia me hacía entender que se le había prohibido reunirse conmigo, y esta prohibición no debía ser hija si no de medidas siniestras, que habían de tomarse con respecto á mí. Así discurría, y así me atormentaba, cuando en Enero del año 36, llegó Margarita (su esposa) mi madre, y Rosario (...) Margarita estaba ya en meses mayores (de su embarazo). Querer pintar el consuelo de que me sirvió la venida de mi familia, es superior á los esfuerzos de mi pluma; hay cosas que mejor se conciben que se dicen, y esta es una de ellas; al fin volvía a verme reunido con los míos (...). Gozando, como nos era posible gozar, continuamos hasta el parto de Margarita, que fue el 10 de Abril á las 6 de la tarde, dando á luz á mi primer hijo José María Exequiel. El parto fue laborioso y se llamó al doctor Muñiz, á quién se permitió entrar (a la celda). Con este motivo, recordaré, que el doctor Muñiz al entrar al Cabildo, donde iba á verse conmigo, se había colocado la cinta (punzó) de Rosas (de rigor para todo funcionario de esa época), ó sea la divisa, de modo que solo se leía: “Los federales mueran” para que yo entendiese que no había variado de opinión, y que era el mismo unitario que habíamos conocido. El modo de hacerlo, era muy sencillo; pues, introduciendo en dos distintos ojales de la casaca los dos extremos de la cinta, quedaba oculto el “vivan” de los federales; y en la segunda leyenda solo quedaba visible el “mueran”, que correspondía a los unitarios; más claro: las dos leyendas seguían la dirección de la cinta, en esta forma: “Vivan los federales”. Mueran los unitarios”. Ocultas las extremidades de la cinta, desaparecían las primera y última de las cuatro principales palabras, y solo quedaba “Los federales mueran”. Para que yo lo notase bien, no perdonaba movimiento ni acción que pudiera contribuir á ello, en términos, que creí deber hacerle conocer, que estaba al cabo de su pensamiento. Me he detenido en esto, para comparar la conducta del señor Muñiz con aquel antecedente. Ahora (ca 1839), solo se ocupa en estar escribiendo artículos sobre historia natural, desenterrando el Megaterio, describiendo el avestrúz, haciéndose gaucho con bien poca gracia, para dedicar sus trabajos á Rosas, é incensarlo con adulación (*sic.*)”. José María Paz es en sus “Memorias”, un hombre de extremo criterio, elegante pluma y amplísima cultura, uno de los hombres más cultos del Plata de su tiempo. Es extraño que Paz, que también

actuó en Ituzaingó y que es un fino y psicólogo observador de las personas y que siempre se esfuerza en sus escritos en ser objetivo y aún en salvar el honor de amigos y enemigos, que siente piedad por los aborígenes maltratados y aun por los federales caídos en desgracia, tenga de Muñiz esta impresión. Su hoja de servicio es más que heroica, limpia, honrada, desde los tiempos de la Batalla de Tucumán y Salta, con Belgrano y no puedo más que remitir al lector a los documentos de la época y a sus “Memorias”, indiscutiblemente honestas. Exige todo esto que observemos desde la época, en la situación penosa que vivía el general Paz, y en la fama que pudiera tener Muñiz ante una facción de la milicia en ese momento. Lo cierto es que de haber habido una tercera persona, fuera de los de la familia de Paz, el hecho de que trascendiera que Muñiz dejaba solo leer “mueran los federales” en la divisa punzó, le hubiera costado la vida, no solo el empleo. Puede leerse que el detalle de Muñiz fue valeroso y prudente. El “Restaurador de las leyes”, Rosas, era informado de todo y todos temían exponer en público una opinión contraria a sus ideas en el territorio de su dominio, so pena de padecer o persecución, tortura o la pérdida de bienes y vidas: todo esto está más que documentado y no deja de sorprender que sea Sarmiento el editor de las “Memorias” no desmintiéndolas en nada. Rosas era absoluto, tanto que, por ejemplo, el pedido de aprobación para la concesión del título de Doctor que solicitó Muñiz a Rosas, requisito imprescindible, tardó un año en firmarse: el tirano debía cerciorarse primero que el postulante fuera fiel al régimen. Es imposible juzgar tan lejos en el tiempo y sin documentación cual era la postura política de Muñiz durante esos años. Es más fácil entender que él expresaba su vocación haciendo caso omiso del poder de turno, acomodándolo con señales que él consideraba intrascendentes y que le permitían continuar con la labor médica y científica para la que había nacido, sin traicionar sus ideales. Los papeles del sabio Muñiz, tuvieran o no dedicatorias al poder de turno, tuviera él o no enemigos poderosos, eran de enorme valor científico y fueron celosamente guardados por sus hijos. Padre de familia, cualquiera fuera su concepción de creencias, nunca descuidó él el entrañable amor a los suyos, pese a tantas obligaciones, ni el amor al prójimo, aún en la guerra, cualquiera fuera el bando al que perteneciera quien requería de su ayuda.

* * *

Mientras no hubiera otra cosa urgente durante su estancia en Luján, Francisco Javier gustaba de recorrer el río homónimo rescatando fósiles pampeanos. Así, logró una valiosa colección, la primera de paleontología de varias especies de mamíferos en América. El aislamiento intelectual le hizo seguramente perder la autoría de muchos descubrimientos nuevos. El hecho de publicar en “La Gaceta Mercantil” pudo significar que sus descubrimientos fueran desconocidos en Europa y el resto del mundo. Varios viajeros estudiosos como Alcides D’Orbigny, Carlos Darwin, Carlos Hipólito Bacle, Aimé Bonpland y viajeros contratados como Parchappé entre otros, visitaron el país y mientras tanto, intelectuales como Tomás Guido, Pedro de Angelis, Felipe Senillosa, Teodoro Alvarez, Marcos Sastre por nombrar sólo a algunos, permanecieron en el occidente del Plata y las tierras interiores durante el régimen rosista. Sin embargo, no se puede negar que el país estaba cerrado al crecimiento intelectual, aislado, sin hacer mayor referencia. Dice Babini “ que al finalizar el primer tercio del siglo las instituciones científicas argentinas están aletargadas. Sus dos universidades, su museo, su biblioteca, yacen inertes, muertos”. De hecho, después de la derrota, en 1854 Muñiz es uno de los miembros fundadores del nuevo museo, que renace del ostracismo. Es también Sarmiento y su subordinado Sastre, entre otros, los que prorrumpen con la educación popular. Sarmiento inicia esta labor hacia el exterior, educativa, publicando actas y catálogos con fotografías para ser enviadas a los distintos países. Propone y aprueba todo y cualquier “pro” provenga de donde provenga. Viaja e invita a personalidades, trae maestras de Ohio para mejorar y adaptarse a la nueva educación. Introduce especies animales y vegetales, exporta otras, en fin, con aciertos y errores, él es el gran divulgador de las pampas con sus viajes y con sus peleas intelectuales y escritos. Vendrían así sabios de la talla de Burmeister, Lorenz, Gez, Saccardo y Spegazzini y surgirían figuras como Carlos Berg, Florentino Ameghino, Francisco P. Moreno. Comenzó así, luego, la inmigración de los nuevos sabios y trabajadores que pondrían en cuarenta y cincuenta años más a la Argentina en el foco de la atención mundial y en el comienzo de una de las épocas más productivas del país, proceso nada fácil que tuvo muchos escollos y penurias. La primera, segunda y hasta la cuarta década del siglo XX, ciertamente no por muchas más, serán brillantes. Luego, vino el paulatino y lento deterioro que avanzará, con algunas cúspides que brillan aisladas, hasta que drásticamente será obvio

para todos, los de adentro y los de afuera, hacia el final del siglo una medianía y pobreza que compartimos con buena parte del mundo actual.

Volvamos a Muñiz. El epistolario con Darwin, iniciado mediante el contacto que mantenía Edward Lumb con ambos, es posterior al paso del sabio inglés por Luján en 1833, de modo que no se encuentran. De sus descubrimientos paleontológicos, ciencia que ama, extracto de Abad de Santillán que Darwin formula siete preguntas al argentino, quien le describe a la vaca ñata (*Ñata owen*), con una probable adaptación en la mandíbula inferior del bovino que le permite alimentarse con pastos rastreros, como pegados a la tierra. Darwin considera en su clasificación de las especies las ideas de Muñiz sobre la lucha por la vida y la selección natural y sexual: se cita en posteriores ediciones del “*Origen de las especies*” y en “*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*”. Sin los datos de Muñiz, Darwin queda incompleto en su exposición para la América del Sur. Ameghino escribe de Muñiz “ Como observador exacto y de penetración pudo haber sido rival de Darwin”

En 1842 el médico de Luján donó (o fue forzado a hacerlo) los restos de varios animales fósiles al Gobierno de Buenos Aires: fueron éstos de regalo, en 11 cajas, de parte de Rosas al Almirante francés Dupotet. Sobre este “despojo al patrimonio nacional” al que se refiere Ameghino el médico Mario Javier Muñiz, tataranieta del Dr. Muñiz, contesta en estos términos en una “carta a los lectores” del 25 de mayo de 2007 (diario La Nación): “Yo agregaría que también fue un despojo al prestigio y reconocimiento del verdadero descubridor y clasificador de esos restos y del país al que representaba, pues esa colección hoy se encuentra en París como *colección Dupotet*” y agrega “El doctor Muñiz, a quien Sarmiento llamó “el primer sabio argentino” compartió el resultado de sus investigaciones con grandes científicos de la época, como Darwin, Cuvier, Buffon, Lamark y Saint Hilaire”. El tataranieta del sabio contesta a dos cartas anteriores que justificaban la actitud de Rosas, una de ellas “por razones políticas”. Sobre la carta del 15 de mayo del mismo año en el mismo matutino dice Mario Javier Muñiz que quedan insinuadas dudas sobre las actitudes de Muñiz y Ameghino, al primero por la donación de restos fósiles a la Academia de Estocolmo y al segundo por sus exposiciones en París. Ambas acciones no fueron otra cosa que la apertura de la ciencia nacional y el nivel que tenía, al mundo. También es cierto

que Muñiz se tomó el trabajo de escribir especificaciones sobre el contenido de las cajas que contenían los restos, mirando más allá a fin de que no se perdiera información para la ciencia. Sobre el *Muñifelix Bonaerensis* (*Smilodon bonaerensis*), que publicó en la “Gaceta Mercantil” en 1844, sabido de que Darwin no había dado cuenta de un felino semejante hasta esa fecha. Dice Alberto Palcos: “En el año 1863 el fuerte empresario de ferrocarriles William Wheelreight le adquirió a Muñiz el esqueleto del felino fósil. El sabio se lo vendió con la expresa condición de que aquel no saliera del territorio argentino; harto aleccionado quedó con lo ocurrido con la colección que tomó Rosas. El industrial norteamericano lo regaló al Museo porteño. Poco más tarde lo estudio Burmeister. Este lo armó y dibujó en una forma que Ameghino reputó errónea”. Es este último quien lo elogia, pero es llamativa la brevedad con que escribe sobre el sabio, conociéndose lo dado que era Ameghino a la redacción. Sin embargo, refiere que lo que había escuchado desde niño en Luján sobre Muñiz, había influenciado sus futuros trabajos. Lo cita y lo defiende en su obra.

Al primer sabio de Luján, autodidacta en esta nueva ciencia, se deben asimismo entre otros el *Hippidium*, el *Lestodon* y el *Arctotherium* hallados en la pampa bonaerense. Respecto al primero, un caballo fósil (*Hippidium neogaeum*), Burmeister se muestra reacio, pero años después reconocerá el acierto de Muñiz respecto a la especie fósil. Rescató además muchas partes de un *Megatherium*, el cráneo de un *Toxodon*, entre otras especies que llegaron al museo de historia natural de Buenos Aires donadas por Muñiz, su segunda colección después de Rosas. Al sabio adjudica Palcos ser el padre de la paleobotánica argentina, ya que había encontrado un tronco fósil en Luján, mientras, poco antes o después, Darwin hallaba un pequeño bosque fosilizado en los Andes, así como otras petrificaciones de Chiloé y Concepción. En efecto, el inglés da cuenta detallada, desde Valparaíso, de un bosque fósil con una cincuentena de ejemplares en pie, generalmente inclinados, que según Robert Brown serían de *Araucaria*, cercano a Uspallata, en carta del 18 de abril de 1835 a Mr. A. J. S. Henslow. Desde Lima en una correspondencia del 12 de Julio al mismo, se lamentará el aún joven y entusiasta Darwin de haber pasado por las pampas sin detenerse demasiado: “Últimamente conseguí una memoria del señor Desalines D’Orbigny, sobre sus trabajos en Sudamérica (*Voyages dans l’Amérique Méridional*, de A. D. D’Orbigny); sufrí un disgusto nada enaltecedor por cierto, al

descubrir que ha descrito la geología de las Pampas, mientras yo he andado corriendo para nada.”

Treinta a cuarenta años más tarde, los Ameghino, en un principio desde Luján, abundarían en colecciones de mamíferos fósiles para la República. De Gervais, que trabajaba a la sazón con Ameghino, también tuvo acceso a la segunda colección de Muñiz depositada en el entonces futuro Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, la estudió y describió. Sarmiento pareció fascinado por estos descubrimientos sobre los animales antiguos. Sólo por ser padre de la paleontología argentina Muñiz tiene su sitio en la historia. No más sobre esta ciencia de la cual fue él cultor, con el antecedente del religioso Torres que había hallado el Megaterio de Luján en 1788, que se exhibe en Madrid según la postura que estudió Cuvier, y del Jesuita Falkner quien halló el primer registro del Gliptodón en el Carcarañá, Santa Fe, cercana a nuestras latitudes, hacia mediados del siglo XVIII.

* * *

De los escritos de Muñiz, de lo publicado por Sarmiento y algunos biógrafos se desprende un temperamento sensible pero racionalmente contenido. Ha superado tempranamente el tránsito entre el dolor propio y el quehacer. Es diligente, de una imaginación prolífica rendida a la observación y al pensamiento. De voluntad férrea y práctico pero al fin también un romántico escondido que le concede a las ciencias de la observación y especulativa no poco trabajo. Parecería que su practicidad y su vocación son el fruto de lo que él debe ser para sí y para los demás más que una inclinación del carácter natural. El es primero su deber ser y luego la expresión de su personalidad. Busca soluciones concretas y va directo al grano. Es sincero hasta el extremo de corregirse públicamente cuando se ha equivocado. Se atiene a lo legal de su momento. Sabe al mismo tiempo como pedir las cosas para llegar al objetivo, soportando humillaciones. Es en suma un científico naturalista y un espíritu delicado muy susceptible a lo que observa a su alrededor. Si reacciona ante la injusticia luego se acalla y prosigue. Se lo puede imaginar muy serio y mudo, mientras trabaja y muy divertido y comentador de anécdotas

intrascendentes en sus cortos tiempos de esparcimiento entre los suyos (Sarmiento dice “simpático”). Es al fin también un hombre de su tiempo. Su letra de juventud coincide con esta descripción de un hombre muy vehemente y optimista, realista, equilibrado, que se autocorrigió sin importarle que otros vean sus errores, directo, franco. Su letra es elegante y educada. Es un hombre de cultura superior que trata de estar al día constantemente.

Sin ser prolífico, porque el tiempo, mezquino, se lo impide, describe elegante y con exactitud las costumbres gauchas. Reproduce el lenguaje del hombre de campo como ninguno. Parece jugar él en el manejo de las boleadoras y la caza del ñandú. No tiene tiempo y todo el que posee lo dedica a las cosas prácticas, de interés y beneficiosas para otros. Se inmiscuye en problemas idiomáticos y, con cierto humor, desacredita la “h” y la “x” en la lengua castellana, cosa que no es excepción en el Plata. Escribe sobre un vocabulario y americanismos: existen aún algunos términos definidos por él por primera vez, y que hoy usamos, como la palabra “tapera”. No deja de informar sobre la vacuna porque es una prioridad médica. He aquí que su juramento hipocrático va primero, su cumplimiento del deber antecede. Lo demás lo deja para un “después” que reconstituyen los biógrafos, la familia, los amigos y los admiradores fieles.

* * *

El Presidente Sarmiento se expande especialmente en la vida y obras del Coronel Francisco J. Muñiz. Hace el sanjuanino una pormenorizada introducción de “El Ñandú o Avestruz Americano”. No sólo cita párrafos enteros de su autor sino que se engalana con lo que él sabe sobre el ave, sobre otros animales domésticos y domesticables, como el carpincho, para lo que recurre a Sastre. Trata todo lo que no dice y dice Muñiz sobre las “bolas” o boleadoras, citando hasta a Ameghino, refutándolo, e incluye el desafortunado incidente de la captura del admirado General José María Paz, lo cual fue posible por la boleada a las patas de su caballo, hecho que atrasó, como dice Sarmiento, en unos 20 años el final de la guerra civil. Sarmiento, extremadamente optimista, ve en los animales sudamericanos una fuente de riqueza casi inagotable. Él tiene una fe en el futuro argentino, que plasma en esas páginas, que nuestro “hoy” se dedica a destruir, y lo ha destruido por

décadas (en especial los bosques nativos). No, no pasó como imaginó Sarmiento. Pero podremos recomenzar.

Es “*El ñandú*”, publicado en varios números de *La Gaceta Mercantil*, la obra maestra científico-literaria que perdura de Muñiz. Es de estilo llano y con brillo a la vez, seguro, homogéneo en sus partes, exacto para su tiempo, gusta leerle, es atrapante. Dice Alicia Jurado asimismo: “ Muñiz tiene la prosa limpia y agradable, hasta galana, tan común en los hombres cultos de su época, pero es un espíritu científico: su admirable monografía del ñandú, por ejemplo, tan exhaustiva como amena, ni abandona la objetividad ni se permite incursiones en la poesía”. Agrega Jurado que Emiliano Mac Donagh ha citado como antecedentes argentinos entre los primeros naturalistas también al sabio de los huesos y a Marcos Sastre y que (extrañamente) W. H. Hudson seguramente no leyó ni a uno ni a otro. Analiza a este ave en todos sus aspectos. Es el autor un anatomista prolijo, con descripciones comprensibles, sólo le falta la histología, la citología y la patología para competir con las obras del siglo XX. Su disección es certera. Llama la atención la descripción limpia, mensurada y comparada de los componentes del ojo. Así, todos los órganos y sistemas del ave. No es por cierto un tratado sistemático moderno. El lector pasa de un tema a otro en “El Ñandú” casi sin darse cuenta, pero la información es diferente: de la anatomía comparada al paralelo entre la especie africana y la americana, de la incubación de los huevos a la caza del ñandú. Este último es un capítulo etnocrítico al que hay que prestar suma atención. Es un estudio etológico del animal y del hombre, que caza y domestica. Describe los hábitos y migraciones con suma delicadeza. Pasa al modo en que el gaucho sabe como cazarlo. Repasa los ritos y usos de todas las partes útiles del bípedo. Las nidadas, la alimentación, el sentido mágico que le da el indio, el hijo del país y el gaucho a los huevos pequeños y solitarios, a la hechura de artefactos con los huesos, la piel, el esternón, el esófago, todo, hasta da noticia de los distintos gustos de las carnes según las locaciones de las manadas, la forma de comer los huevos y su sazón. Lo ha estudiado en profundidad, diría, durante años. Rebate los puntos de vista de otros grandes naturalistas de gran renombre como al Conde de Buffon, Cuvier y a Félix de Azara, entre otros y es más que probable que haya conocido la descripción que hace del avestruz el Jesuita Dobrizhoffer. Es Muñiz para su tiempo quien más sabe sobre el avestruz americano. Sarmiento se entusiasma con esta obra porque va con su espíritu intrépido de aventura, de

observador. Ímpetu brava de exportar los productos pampeanos, de importar cosas útiles y de avanzada y de dar a conocer nuestros tesoros. De superar el pasado y construir, no deteniéndose en enlodarse en los crímenes de atrás. El gran sanjuanino también conoce sobre el avestruz y sobre las formas de usar las boleadoras y en parte corrige detalles en la obra del sabio. Sarmiento ha viajado mucho y sabe sobre el ave africano, sus usos y hábitos. No deja esto de opacar su fervor por Muñiz. Compara a las boleadoras con el *boomerang* de Australia. Comenta sobre como los extranjeros no logran entender lo de las boleadas. Lo sigue admirando entrañablemente, pero al mismo tiempo hace un parangón entre algunos párrafos de su “Facundo” y las descripciones de Muñiz respecto al gaucho. Parecen palabras salidas de la misma pluma y sin embargo los dos son honestos.

La etnografía del cono sur no le es esquivada: en sus observaciones anota sobre los aborígenes del norte de Patagonia “ Envuelven los difuntos en algún cuero, doblado el cuerpo y asegurándolo con huascas cavan una fosa de poca profundidad donde los entierran”. También dedica pormenorizado detalle del cañamazo de estos Tehuelches, que según Vignati es una descripción absolutamente coincidente con la presentada por Morris en su desventurado periplo por las pampas en 1740-41.

Fue la *Canabis indica* (cuyo consumo da cuenta Herodoto y de su producto, el *haschisch*, surge el nombre “asesino”) y la experiencia con el opio de Thomas de Quincey, los que inspiraron a Charles Baudelaire la inmortal obra “Los Paraísos Artificiales”. El poeta toma de la materia que tanto mal hizo a muchos un sustrato moralizante y bello hacia 1860. Puede extrapolarse y decirse que en el Río de la Plata, algo antes, la *Rhea americana* (o *Struthio americanus* de Linneo) embelesó a Francisco Javier Muñiz de igual manera durante el aislamiento intelectual argentino. Ambos experimentaron con sus objetos de estudio, uno con su experiencia y la de otros con estas plantas peligrosas, con el genio del escritor (hoy algo no aconsejable), el otro con el ave, con el talento único de un observador innato y la rigurosidad del científico de fuste. Ambos llegan a envolver al lector en estos “cielos y llanos”. El primero con las historias de “Los Paraísos artificiales”, el segundo, que no era poeta, con las llanuras infinitas y naturales donde vivían libres el gaucho y el ñandú, en las pampas. Darwin, quizá por el mal momento que se vivía en el Plata (y que le afectó),

quedaría sin embargo más impresionado por los planos patagónicos y desérticos, que nunca olvidaría, que por la verde llanura y estepa pampeana.

Se le critican a Muñiz algunos datos de su trabajo, sin embargo es probable que otros eminentes escritores se hayan inspirado en esta monografía del ñandú para la composición de algunas grandes obras maestras de la literatura gauchesca. Algo parecido le sucedería a la obra de Marcos Sastre. Parecería que ningún otro estudio sobre la *Rhea americana* ha superado aún la belleza e integración que hace Muñiz: su anatomía, sus hábitos, su entorno, el costumbrismo y paisaje de época, en toda su completitud. Florentino Ameghino dice en 1886 “(...) es lo mejor que hasta ahora ha aparecido, y bastaría para dar a su autor reputación como zoólogo, y aún como escritor”. Dice Palcos en 1943 que de haberse publicado en Europa hubiese sido un gran éxito literario, que hubiera pasado de mano en mano con rapidez”. Es una obra que debe estar en toda biblioteca de los amantes de los temas naturales y rioplatenses. Del exhaustivo “Bestiario”, que encuentra Ernesto Fernández en 2006 en la literatura del gran maestro, minuciosa y delicada extracción de seres de las páginas sarmientinas, se desprende que quisiera Don Domingo Faustino capturar todas las presas, míticas y vivientes, extintas y legendarias y mantenerlas vivas en su mente, como en un zoológico-museo. Parte de esta *Animalia* que pone en su Arca, se la ofrece Muñiz con el estudio de la fauna actual y fósil de la pampa.

* * *

El Dr. Muñiz recibió muchos cargos y honores. Mitre le escribió y homenajeó. Su correspondencia es variada. Figuran entre adocenadas cartas, además del epistolario que mantuvo con los ya mencionados más arriba, las remitidas a doña Mariquita Sánchez, otra gran precursora de la educación que era su parienta, al General Justo José de Urquiza, al General Paunero, al Dr. Luis José de la Peña, al Vicepresidente Marcos Paz, al Dr. Mariano Lozano, a Manuel R. Trelles, al Director de la Real Academia Don Francisco Martínez de la Rosa, al General Tomás Iriarte, aunque malavenidos, y es arduo terminar una lista. Vinieron más obligaciones y honras. Fue Decano de la Facultad de Medicina entre 1855 y 1856 y miembro de la Academia de Medicina desde éste último año, cuando estalló una

controversia con Vélez Sarfield. Convencional y luego Senador Provincial y casi enseguida Diputado Nacional en 1860. El Duque de Wellington lo admitió como miembro honorario de la Real Sociedad Jenneriana de Londres desde 1842. Hay más, le sobran honores y cargos nacionales e internacionales. La Universidad de Barcelona, entre otras, lo distingue. El Rey Carlos de Suecia, Noruega, Gothe y Benden lo nombra Caballero de la Orden de Wasa en 1864. En 1853 aparece entre los miembros de la Logia Concordia de la Ciudad de Buenos Aires y desde 1856 en la logia Confraternidad Argentina N 2. Hacia 1867 actúa en la Logia Constante Unión N 23 de Corrientes. Cualquiera fuera su concepción humana sobre lo divino, cualquiera su creencia, Muñiz es un hombre coherente consigo mismo, con sus obligaciones profesionales y como hombre público. Es un intelectual de su época que no escapa a las corrientes de pensamiento en boga. No obstante las honras, nada lo distrae, El sabio sigue en lo suyo: el es Doctor en Medicina, Coronel Médico, cumple con su tarea. Le hubiera gustado quizás vivir algo para sí y disfrutar de su familia, escribir memorias, leer y desarrollar ideas o hacer experimentos.

Diego Abad de Santillán transcribe en 1959 una carta del sabio en vísperas de la confrontación entre la Confederación y la Provincia de Buenos Aires. Ocupaba el cargo de presidente de la facultad de medicina. Muñiz queda retratado en su altura moral, porque cumple luego con creces sus servicios como Cirujano Principal, y Mitre da testimonio. Dice al final de su carta del 30 de mayo de 1859 a Bartolomé Mitre: *“Mi consagración es la obra del patriotismo más puro y desinteresado, señor general. Ella nace del deseo de auxiliar a esa briosa y entusiasta juventud guerrera, que me recuerda aquella otra, mi contemporánea, que produjo y que tan brillantemente ilustró los bellos días de la patria. Es, señor general, por cerrar las heridas que el plomo enemigo les abriera, o tal vez a alguno de mis queridos hijos; es también por cicatrizar las de nuestros mismos contrarios, si el caso llegara, que rejuvenezco en la vejez; que abandonaría el hogar y mis honorables destinos, alguno de ellos conferidos treinta y tres años ha por el ilustre Rivadavia, en Premio a mi escasa capacidad y por mis servicios en aquel bravo y memorable ejército: el de Ituzaingó. Es por eso y por nada más, que los ofrezco al presente, y que me propongo arrostrar, como otras veces, los sinsabores de la campaña, sus eventualidades y peligros”*. El General Mitre aceptó este ofrecimiento de quien en aquel tiempo se consideraba un

anciano. El General le contesta por escrito el mismo día 30 de mayo de ese año, haciendo mención de sus meritorias actuaciones. Muñiz probó con su sangre la sinceridad de su carta: durante la batalla de Cepeda, el 23 de octubre de 1859, un soldado de la Confederación lo hirió gravemente con una lanza mientras este médico, casi septuagenario asistía a un herido. Queda a su suerte en el campo de batalla a punto de morir. Ambos bandos quedaron indignados. Muñiz rescatado, tardó un año en reponerse. La carta citada, transcrita íntegramente por Palcos y también en el Archivo del General Mitre, comienza “ *Señor General: Desde que el Gobierno resolvió formar un ejército, tuve la idea de ofrecerle mis servicios profesionales, reconociéndome incapaz de ser soldado (...)* ” y sigue “ *Yo no pretendo emolumentos, rango ni preeminencia, señor general, en el cuerpo de cirugía del ejército; no necesito ni deseo distinciones que supe adquirir cuando joven, sirviendo siempre con espontaneidad y de los primero con el inmortal general Lavalle en la frontera, en el glorioso ejército republicano en su campaña al Brasil, y hasta el (año) 49, haciéndome con 24 años de servicios indiscontinuos en campaña, el más antiguo cirujano militar del ejército del Estado, sin que me considere con eso ni el más digno ni el de más mérito de los que en la actualidad y antes le sirvieron* ”.

* * *

La edad le sobreviene. La fotografía que se conserva en el Museo de Luján muestra a un hombre de cabeza grande en relación a sus hombros, ojos atentos, vivaces, abiertos, pelo ya blanco, que había sido castaño oscuro a negro en su juventud. Se lo ve aún fuerte, sosteniendo un voluminoso libro. La mano izquierda, enguantada, con el índice extendido, sosteniendo el sombrero, y la mano derecha soportando el peso del gran libro desde las puntas de sus dedos extendidos; denota gran concentración, habida cuenta que en aquellos años una exposición a la *cámara oscura* exigía varios minutos de inmovilidad. Su semblante está sin embargo sereno y plácido. La bella estampa de la juventud, afinada hacia el mentón, flaca y algo melancólica, da paso a la de la adultez activa y serena y a la de la madurez tranquila que refleja el óleo original, reproducido en la primera edición de “Vida y Escritos...” de Domingo F. Sarmiento de 1885. Un cuadro semejante se halla hoy en el museo, de nombre homónimo al del sabio, de Morón, ya mencionado. Está Muñiz vestido

con su uniforme de Coronel. Su mirada fija, las cejas arqueadas y amplias, como la frente; el pelo cano y la barba tupida y alba. Sostiene con su mano izquierda un documento. Al pie de esta reproducción aparece la de su firma, clara, legible el nombre en toda su extensión, pausada y con rúbrica en arabesco prudente.

A los 75 años ya se ha retirado de una vida más que atareada. Su retrato de cuando era joven lo muestra con un rostro inocente y ensoñador, romántico, de ojos bien grandes y despiertos. Su cara es entonces casi triangular, rematada por un mentón apenas saliente, con arqueadas y finas cejas, de pelo moreno, algo ondulado y aparentemente fino, de sonrisa natural y delicada. Esa figura se ha convertido ahora, a los 75, después del tráfago de la vida, en la imagen de un hombre algo calvo y barba abundante, de mejillas rellenas, ojos chispeantes, de color marrón oscuro y semblante alegre. De sus retratos y fotografías se aprecian pupilas dilatadas, gesto agradable, postura plácida y tranquila, pero firme. Fue de vestir prolijo y elegante, según los pocos registros que nos quedan. Puedo verlo aún en el óleo de época, pintado por Bernardo Troncoso, que existe en el museo de Botánica “Juan A. Domínguez” de Buenos Aires, cuya fotografía en blanco y negro está reproducida en los estudios de Palcos, Babini y Abad de Santillán. La pintura de Troncoso no es muy elaborada pero parece haber sido tomada del natural, es decir antes de 1871 (1) De allí surge el color castaño oscuro de sus ojos, la piel blanco-rosada, algo pálida, y sin mayores arrugas, la frente amplísima, con prominencias del frontal (y como dice Mitre en su época, “protuberancias indicantes del genio”); distendida, al igual que el entrecejo. Los cabellos completamente canosos, la barba muy abundante y muy blanca, excepto en sus puntas no recortadas. Allí está retratado su espíritu espléndido lleno de tareas terminadas, como el de un joven después de rendir con éxito su último examen, con sonrisa apenas insinuada, casi un *rictus* disimulado por el gran bigote. Como siempre, mirada fija, despejada, cejas equilibradas, de simetría armónica y algo arqueadas, nariz recta y proporcionada. Carrillos firmes, que no parecen producir grandes surcos hacia la boca. No existe aquí la normal desproporción que los años hacen a las facciones humanas, no hay párpados caídos ni grandes ojeras, ni repliegues de la piel que denoten grandes cambios en el peso corporal durante la vida. Parece más joven. Es una fisonomía que retrata una personalidad confiada: una flecha que da certera en el blanco. Ha llegado la hora de apaciguarse y comienza la

década de la paz. Va con su familia a su quinta de Morón, al fin, a descansar, probablemente (es mi supuesto), después que el pintor ha terminado con su trabajo.

Poco tiempo duró esta tranquilidad, aunque con la pena de la reciente viudez y la de uno de sus 8 hijos muerto en el Paraguay y la de la hija niña, en quien practicó su vacuna antivariólica, que fue víctima de otra enfermedad muchos años ha. En 1871 se declara no un foco, sino toda la furia de la fiebre amarilla en Buenos Aires; hay cientos de muertos. Muñiz tenía experiencia con esta temible enfermedad, había escrito sobre ella. ¿Que pasó por su mente?. El Doctor Muñiz, no abandonó su costumbre, tomó su obligación que no era otra que la de ayudar a sus prójimos como médico. Una fuente dice que estando en Morón un amigo de uno de sus hijos, contagiado, fue llevado a su casa y el médico no tardó en ser víctima de la picadura del mosquito *Aedes aegypti*, porque se pone de nuevo en servicio...y se contagia...Muere el día de la mayor virulencia, el del pico máximo de tragedias. Así fallece Muñiz, lleno de mérito, habiendo cumplido con lo que su conciencia moral le indicaba. Su muerte no pasó desapercibida, hubo muchos honores.

A Sarmiento parecen faltarle palabras y alarga sus frases para completar todo sobre el sabio. Quisiera él nunca terminar, pero ya tiene casi la misma edad en la que murió Muñiz. Se le terminan los documentos y se toma la libertad de completar uno inconcluso. Es justamente aquella carta de 1861 al General José M. Reyes de Montevideo, en que le dice Muñiz “*Feliz mil veces Ud. que para conseguir fines tan patrióticos y laudables ha podido vencer los obstáculos que habrán surgido tantas veces en oposición a sus designios*”. Sarmiento completa esta carta así: “*(..) sus hijos recordando su nombre también por amor filial y con justo orgullo, y nosotros con el respeto y gratitud que inspiran las virtudes cívicas, el estudio perseverante de nuestras cosas y de nosotros mismos, el “nosce te ipsum ” (conócete a ti mismo) de los antiguos*”.

Alberto Palcos, que no siempre está de acuerdo con Sarmiento, termina y publica en 1943 un trabajo magnífico y documentado. Dice al final “*La muerte ejemplar corona una vida plenamente lograda, conforme a la ley secreta que preside su desenvolvimiento.*” Y añade, ya sobre sus restos mortales, que fueron: “*trasladados después a la Recoleta donde la*

piEDAD filial le ha erigido uno de los más bellos monumentos de la necrópolis.” En efecto, el dato sobre este monumento no es menor ya que su diseño de alto valor artístico pertenece al escultor italiano, nacido en Palermo, Ettore Ximénez (1855-1926), a quien en 1887 se le adjudicó la ejecución del mausoleo del general Belgrano, concurso que ganó a Jules F. Coutan. Ximénez se trasladó a Buenos Aires e trabajó e inauguró el mausoleo para Belgrano en 1903, aplicando celo extremo, según Courtaux. Concibió, creo que con no menor aplicación, el mausoleo de Muñiz y luego de otras bellas obras, como “el Grito de Ipiranga” de San Pablo, Brasil, volvió a Italia donde elaboró, entre otras muchas obras, su notable cuadriga que decora el palacio de Justicia de Roma.

El General Don Manuel Belgrano y el Coronel Médico Dr. Francisco Javier Muñiz, quedan hermanados y enaltecidos por las manos artistas que hicieron sus tumbas, bajo la tutela de un mismo artista, aunque en vida, sus derroteros históricos y quizá (no lo sabemos con certeza) los espirituales fueran diferentes. Muñiz descansa bajo ese monumento de mármol de vetas rosadas y blancas con bronce tan distinguidos. Su fábrica italiana y refinamiento saltan a la vista de entre los monumentos del cementerio de la Recoleta de Buenos Aires y rivalizan con otros posteriores no menos elegantes y palaciegos.

Nota (1). Bernardo Troncoso (1835-1928), de la Escuela Argentina expuso en el establecimiento de Fernando Stanislao Maximilian Fusoni (1821-1892), también artista de la misma escuela que fue protector y mecenas de las artes en Buenos Aires. También expusieron en los salones de Fusoni los pintores Blanes, Boneo, Manzoni, Palliere, Aguyari y P. Pueyrredon. El arte de Troncoso llegó a su esplendor a partir de la primera década del siglo XX. No existe registro sobre la donación del retrato de Muñiz pintado por Troncoso, sin fecha. El marco dorado, con remarco oval de madera, y el estilo corresponden al período 1860-1880. Es posible que el retrato haya llegado al museo como legado de Roca, fallecido en 1906. Según me ha comunicado el Ing. Gustavo Giberti puede provenir de la colección personal de Juan A. Domínguez cuyo padre conocía a Julio Argentino Roca. También no es extraño que el retrato se haya depositado en este museo ya que Muñiz fue Presidente de la Facultad de Medicina. El óleo no figura en el Catálogo de Colecciones del museo de 1944.

Agradecimientos: Al museo de Botánica “Juan A. Domínguez” y a su Director, el Doctor Alberto Gurni, por permitirme inspeccionar y trabajar sobre el retrato al óleo de Muñiz.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD DE SANTILLÁN. D. 1959. *Muñiz, Francisco Javier*, Biog. In: *Gran Enciclopedia Argentina*. To. V. Ediar Soc. Anon (ed). pags 410-411.

ABAD DE SANTILLÁN. D. 1965. *Historia Argentina*. To I-III. TEA (ed). Buenos Aires.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. 1903. *Partes Oficiales y Documentos Relativos a la Guerra de la Independencia Argentina (Campaña del Brasil)*. Publicación Oficial. To. IV. Buenos Aires. Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.

BABINI, J. 1954. *La Evolución del Pensamiento científico en la Argentina*. Buenos Aires.

CARTER, F, C, & SMITH, A. L. *Microbiology and Pathology*. 1953. 5 ed. The C.V. ;psby Cp.USA.

CATÁLOGO de Colecciones del Museo de Botánica “Juan A. Dominguez” 1944. Universidad de Buenos Aires.

CORREA LUNA, C. 1927. *La Campaña del Brasil y la Batalla de Ituzaingó*. Documentos oficiales. Notas biográficas por E. Udaondo. Comisión Nacional Del Centenario De Ituzaingó. Talleres Graficos del Inst. Geogr. Militar. Bs. As.

COURTAUX, L. E. 1983. Antecedentes del Mausoleo del general Belgrano en la Iglesia de Santo Domingo de Buenos Aires. *Bol. Inst. Bonaerense de Numismática y Antigüedades*. Bs. As. N 13.

BAUDELAIRE, CH. 1860. *Los Paraísos Artificiales*. In: *Charles Budelaire. Obras*. Ed. Aguilar 1961; con notas de Nydia Lamarque. Madrid-Mexico B. Aires.

DE MICHELI SERRA, A. 2002. Doscientos años de la vacunación antivariolosa. *Gac. Méd. Mex.* ene-feb 2002, Vol. 1. México.

DARWIN, C. 1845. *Mi viaje alrededor del mundo*. To I y II. Prólogo de Darwin, C.. Trad. Constantino Piquer. Francisco Sempere y Cia. (ed). Valencia ca. 1885.

DARWIN, C. 1946. *Memorias y Epistolario Íntimo*. Mi vida – Recuerdos del hijo. Correspondencia selecta. Trad. de Argentina Carreras. Prólogo de Alberto Palcos, Ed. Elevación. Bs As.

FERNÁNDEZ, E. *Bestiario*. (inédito, 2006).

FERNÁNDEZ, H. L.1996. Francisco Javier Muñiz y la Prevención de la Viruela. *Revista de Investigación Histórica Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires. N 42.

FURLONG CARDIFF S. J., G.,1929. La personalidad y la obra de Tomás Falkner, Buenos Aires. Talleres Peuser (ed). Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Inst. de Inv. Históricas.

FURLONG, F. 1948, *Naturalistas Argentinos Durante la Dominación Hispana*. Cultura Colonial Argentina VII. Huarpes S. A. (ed). Bs. As.

GONZÁLEZ ARRILI, B. 1964. *Historia Argentina según las Biografías de sus Hombres y Mujeres*. ed. Nobis. Bs. As.

GUERRINO, A.A. 2002 *Bibliografía Histórica de la Medicina Argentina*. Ed. Dunken. Buenos Aires.

HUMBOLDT, A. de. 1953. *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. 1811. Resumen integral de *Essai Politique de la Nouvelle Espagne*. por Florentino M. Turner. Compañía General de Ediciones S.A. México.

IBÁÑEZ, M.A. 1989. Nuevas Aportaciones a la Investigación Haenkeniana. In: La Botánica en la Expedición Malaspina 1789-1794. Turner (Ed.). Real Jardín Botánico, Madrid. España.

IBÁÑEZ, M.A. 1989 Primer Inventario del Fondo Documental “Tadeo Haenke” en el Real Jardín Botánico de Madrid In: La Botánica en la Expedición Malaspina 1789-1794. Real Jardín Botánico, Madrid. Ed Turner.

JENNER, E. 1798. *An Inquiry Into the Causes and Effects of the Variolæ Vaccinæ, Or Cow-Pox*. The Three Original Publications on Vaccination Against Smallpox. The Harvard Classics. 1909–14. Web site. www.bartleby.com/38/4/1&2.

JURADO, A. 1971. *Vida y Obra de W. H. Hudson*. Colección Ensayos. Fondo Nac. de las Artes. Bs. As..

LAPAS, A. 1958. *La Masonería Argentina a Través de sus Hombres*. 3ra Ed. 2000. Buenos Aires.

LUDUEÑA, E. 2005. *Viajeros y Juntahuesos en Merlo 1730-2003*. Municipalidad de Merlo, Provincia de Buenos Aires. Imprex.

MITRE, B. 1857-1887. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Tomos I-III. Juventud Argentina (ed), Buenos Aires. 1945.

MUÑIZ, F. J. *Escritos Científicos*. Con comentarios de Domingo F. Sarmiento y con Juicios críticos de Bartolomé Mitre y Florentino Ameghino. La Cultura Popular (Ed) Buenos Aires. (sin fecha).

MUÑIZ, F. J. 1912. Correspondencia a Bartolomé Mitre; Buenos Aires, Mayo 30 de 1859. *in*: Archivo del General Mitre. Campaña de Cepeda. Años 1858-59. To.XVI. Biblioteca de La Nación (ed). Buenos Aires.

OUTES, F.F.1917. Observaciones etnográficas de Francisco Javier Muñiz.. *Physis. Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales* III, Buenos Aire.

PAZ, J. M. 1892. *Memorias Póstumas del General José María Paz*. To. II. 2da ed. La Plata. Imprenta “La Discusión”.

PALCOS, A. 1943. *Nuestra ciencia y Francisco Javier Muñiz*. La Plata.

PÉREZ SEDEÑO, E. 2000. Institucionalización de la ciencia valores epistémicos y contextuales: un caso ejemplar. *Cuadernos Pagu* (15). *In*: www.campus-oei.org/salactsi/sedeno1.

SARMIENTO, D. F. 1885. *Vida y Escritos del Coronel D. Francisco J. Muñiz*. Félix Lajouane (Ed.). Buenos Aires.

SARMIENTO, D. F. *Francisco J. Muñiz- Horacio Mann*. Capítulo 43 .*In*: *Obras Completas*. Editorial Luz de DIA. Buenos Aires. 1953.

SASTRE, M. 1943. *El Tempe Argentino o el Delta de los Ríos Uruguay, Pananá y Plata*, por el Dr. Marcos Sastre. Segunda Edición Gratuita del Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires.

VIGNATI, M. A. 1956. Viajeros, Obras y Documentos para el Estudio del Hombre Americano. To. I. 1956. *Una Narración Fiel de los Peligros y Desventuras que sobresello Isaac Morris*. Imprenta y Casa editora “Coni”. Buenos Aires.

WEINBERG, F. 1977. El Salón Literario de 1837. M. Sastre – J. B. Alberdi – J.M Gutiérrez . E. Echeverría. Hachette (ed). 2da edición. Bs. As.

[www. Moreno.gov.ar](http://www.moreno.gov.ar): Partido de Moreno. Sitio Oficial. Historia.
